

# CARONTAS

de Josué Almanza

Tres fotografia. Tres personajes perdidos en el mundo.  
Tres historia documentadas, falseadas, inventadas, poetizadas, apropiadas.  
Cuando la identidad es muda, ¿quién tiene el deber de contar la historia?

—Boyka Covacevich—



RAHMA

[Yibuti | el cuerno de África | Bangladesh]

¡No se acerque, no puede estar aquí!

Pero yo los empujo a todos, incluso empujo a una anciana que estorba mi camino

¡Salma! ¡No, Salma!

Le grito, la llamo, pero un dolor profundo en el estómago me dice que la tragedia es real

El polvo no me deja ver casi nada

Caigo y me levanto

Aún crujen las estructuras

La gente tambalea por todos lados

Los veo todos grises

Todos somos grises de los pies a la cabeza  
El pánico en gritos y llantos  
En realidad casi no se escucha nada  
Yo no escucho nada  
Sólo “Salma” como un nombre que me recorre el cuerpo en un escolofrío  
Eso  
Sólo un nombre entre la polvareda de lo que alguna vez fue la fábrica de textiles  
Sólo eso me queda  
Escombros



Es esa necesidad de poder sujetar la mano de los muertos  
De sentir el cuerpo  
De tirar las lágrimas sobre el pecho de ella a manera de despedida  
Su nombre se me queda atorado en algún espacio de la boca  
Pero se incrusta y duele como un tumor  
Como duelen los pasados felices arrabatados de un tajo  
No me quedó nada  
Ella me lo repetía  
—Rahma, no soy nada en este lugar, tenemos que salir de aquí  
Es una imagen que no olvido  
Ella a unos metros de mí  
Cosiendo, siempre cosiendo  
Y riendo con la cabeza agachada para no ganarse una sanción  
Y yo siendo un payaso  
Enredándome entre hilos para decirle a la distancia  
—Sí, que nos corran de este trabajo de mierda, rescatemos tu sonrisa y nuestra libertad  
Sólo sé que debí haberlo hecho, debí haberla llevado lejos de ahí  
Ese edificio estaba destinado a colapsar

Dejando a decenas de personas en el fatal olvido  
Porque ser esclavo no era muy diferente de lo que éramos  
Sus manos cabían entre mis manos  
Y yo las besaba  
Besaba cada herida de agujas  
Mis labios estaban para sanar sus cicatrices



Cuando llegué al lugar, me encontré con muchos hombres sentados, esperando  
Claro, el 95% de los muertos eran muertas, mujeres  
Y algunos niños  
Era una habitación llena de viudos  
Nadie miraba a nadie  
Nadie empatizaba con nadie  
Pero todos habían ido por lo mismo: obtener algún subsidio de contención familiar  
Se sentía el calor del medio día en Dacca y la humedad del río se sentía igual de sofocante  
que la rabia  
Para mí la espera fue corta  
—Usted no tiene ningún parentesco con la occisa— me dijeron los del gobierno  
De poco sirvió que les explique que estábamos juntos, que eramos una familia  
Ellos guiaron la negociación que se tornó violenta  
—2000 takas— me dijeron  
Su ofrecimiento me insultó, me sentía pisoteado por el mundo  
Su muerte valió lo de un mes de trabajo  
Lo de una prenda de oferta en una vitrina en cualquier parte del mundo



Tu muerte fue mi culpa, Salma  
Sólo mía  
Fue una consecuencia  
Porque rompí la promesa  
Porque fui el responsable  
Robé sus esperanzas, Salma, eso fue lo que hice, las robé y tú pagaste mi error



Cuando salí de Yibuti, lo hice con nada mas que mi fe acompañándome  
Habían pasado muchos días  
Días que se habían hecho años  
La espera me parecía eterna  
Todas las noches, sentado en los montacargas en el puerto  
Miraba al horizonte  
En realidad no había tierra a la vista, pero soñaba, me imaginaba que ahí  
Más allá de todo ese mar, me esperaba un mejor futuro  
El golfo de Adén  
Siempre me hablaron de esa ruta  
Era tema de todas las conversaciones entre inmigrantes y refugiados  
Somalíes, sudaneses, etiopes  
Todos buscábamos poder cruzar el Mar Rojo para llegar al paraíso petrolero  
La Arabia Saudita se había convertido en el destino anhelado  
Pero era demasiado costoso comprarse una entrada al buen mundo  
Casi imposible de pagar a alguno de los barqueros  
E infranqueable cualquiera de sus fronteras amuralladas  
Por eso casi todos nos conformábamos con la ruta alternativa  
Yemen  
Si supieras la cantidad de historias que escuché

Y en todas no alcanzaban las palabras para describir el miedo



Las oía al fondo  
Detrás de las paredes de adobe  
Donde yo las mantenía cautivas  
Las mujeres del adobe  
Todas esclavizadas  
Nunca debí aceptar ese trabajo, Salma  
Siempre supe que era incorrecto  
¿Cómo me atrevía a mantenerlas encerradas?  
Todas ellas, jóvenes y madres, todas susurrando al fondo  
Y yo escuchándolas  
Las oí llorar  
Las oí suplicar  
Las oí pedir perdón por culpas que no eran suyas  
Y yo pude hacer algo  
Ser justo  
Pero necesitaba el dinero, Salma  
Cargando bultos jamás iba a conseguir el dinero para pagar  
Fue fácil, lo acepto  
Ocurrió en una noche que estaba más desesperado que nunca  
Cuatro veces ya me habían robado todo y tenía que volver a empezar  
Y el traficante se acercó  
No me lo propuso, no fue una propuesta  
Me ofreció un atajo  
Supe siempre lo que implicaba  
Aún así acepté  
Una noche se convirtió en otra

Primero una mujer y después muchas más  
“¿A Yemen?” preguntaba  
Era una palabra dulce que todas las pobres desesperadas esperaban  
Iban como insectos a la luz  
Entonces venía el camino  
Ahí ellas caían en cuenta pero era demasiado tarde  
Ya se habían convertido en presas  
Las despojaba de todo el dinero  
Juro que nunca toqué a ninguna  
Pero las dejaba a merced de los otros  
En aquella casa de adobe donde las encerraban  
Sí, el dinero vino  
Todo robado  
Ojo por ojo  
Vida por vida me cobró el destino, Salma



Quedarme en Bangladesh, no pude  
No podía volver a ser esclavo en una fábrica de costura  
No podía traicionar tu memoria, Salma  
Los primeros días el hambre no se hizo presente  
El dolor de su partida lo apagó todo  
Pero el tiempo de a poco me hizo volver al mundo  
No es que sintiera menos su partida  
Tu muerte siempre me pisa los talones  
Siempre está incrustada aquí, en el pecho, como un agujero  
Pero tenía que salir de Bangladesh  
Sólo que...  
Para los que nacemos sin nada, es imposible construirmos un futuro  
Por eso pensé en ella

En la mujer europea  
Recordé cuando la conocí  
Cada día una de las mujeres de adobe podía salir de la casa para cocinarnos a todos  
Y yo tenía que vigilarla  
Pero de pronto...  
—Not a journalist, I'm not a journalist— me dijo la mujer rubia cuando la descubrí  
Yo estaba tan nervioso  
¿Quién era ella?  
¿Cómo había logrado acercarse a la mujer para fotografiarla?  
La casa de adobe había sido descubierta  
Yo estaba expuesto  
No supe como responder  
Iba a denunciarnos  
—Not a journalist, trust me, please— repetía  
Pero yo sólo pensaba en que iban a matarme  
Yo era el responsable del descuido  
¡Lo jodiste todo Rahma!  
—Me acabas de joder la vida— le respondí  
Y le lancé un golpe en la cara  
Hubo un sonido hueco  
No cayó, pero perdió por un momento el equilibrio  
La mujer de adobe se asustó y se puso de rodillas suplicando  
El labio de la europea empezó a sangrar  
¿Qué estaba haciendo con mi vida?  
¿En qué tipo de hombre me había convertido?  
¡Todo menos robar y hacer daño a otros! — eso siempre me pidió mi madre  
¡Soy una basura!  
¡Soy una basura!  
¡Soy una asquerosa basura de hombre!  
La mujer europea me sacó una fotografía mientras yo estaba roto, paralizado  
No me importó, ya no importaba nada

Basura muerta, eso era  
Cuando me calmé un poco, me percaté que la mujer cautiva ya no estaba  
Había escapado  
Y la mujer europea me miraba, también con lágrimas en los ojos  
Tomó mi mano y puso un papel en mi mano  
Salió de prisa entre la oscuridad



No sé por qué lo hago  
¿Qué sentido puede tener llamarla después de tanto tiempo?

Boyka:

Is that really you? I just can't believe it.  
I've been looking for you for many years since the day we met.  
Remember?  
Oh, I have something for you. Some money, I sold the picture.  
You might not remember.  
Dollars. For you.

No entiendo bien lo que me dice  
Dólares ¿Para mí?  
Dólares es mucho dinero  
¿En serio está pasando esto?

Boyka:

You were a horrible person. Those women...  
But I'm not going to judge you. I promised I wouldn't.  
So, please, I have to give you the money.  
It's yours, it isn't much, but it's yours.

Parece mentira

Esto es un sueño Rahma

Un sueño



Debo ser el primer loco queriendo regresar a Yibuti, Salma

Tanto tiempo para llegar aquí pero ahora sólo me invade el deseo de volver a mi tierra

Algo dentro de mí me dice que debo hacerlo

Quisiera escribirte cartas, pero no sé cómo hacerlo

No quiero ser un esclavo toda la vida

Quiero ser alguien, Salma

Por lo pronto, guardo esto para ti

Traducen las palabras que no sé escribir para ti



Ahora mismo estoy en India

Crucé a Calcuta y ahora mismo voy en un tren hacia el Este

He recogido algunas cosas que sé que te hubieran gustado

Mira este pañuelo

Lo guardé porque me recordó lo vanidosa que eras

¿Ya viste el color?

Tiene el color del pintalabios que tanto querías

Aunque el color de tus labios enrojecidos con las fresas

Ah, cómo te gustaba el Lassi

Un batido por la mañana y te ponías contenta

Siempre de fresa, aunque nunca hubiera yogurt, bastaba con las fresas

Y mira este espejo  
Me lo obsequió un hombre que estaba arrojando sus cosas al río  
Lo detuve porque era una locura  
La basura de uno es el tesoro de otro  
Siempre lo creímos así, ¿no?  
Cositas mínimas fueron nuestros tesoros  
Lamento que no pude traerlos todos conmigo  
Eran tantos, Salma  
Eras una acumuladora de maravillas  
Ojalá alguien los encuentre y los ponga en uno de esos museo a los que te gustaba ir  
Tengo dos cosas más que te hubieran encantado  
Mira esto  
¡Una imagen del rey Khan!  
Una nueva película  
La tomé para ti  
Quién diría, tantas veces que me puse celoso de que te gustara tanto Khan  
Y ahora daría lo que fuera porque pudieras mirar esta película  
Nunca fuimos al cine  
Prometimos que iríamos y nunca pudimos  
Los ahorros nunca fueron suficientes  
Pero bueno, no es momento para la melancolía  
Una última cosa  
Mira a este pequeño gato  
Creo que es de porcelana  
Se parece al gato ese que tanto cuidabas, ¿recuerdas?  
A mí me parece que son... bueno, sí, en algo se parecen  
¡No le des comida al gato! Siempre te regañaba  
Pero no hacía caso y el gato siempre volvía  
¿Recuerdas cuando le tiré un zapato y de inmediato tú me tiraste uno a mí?  
Supongo que el gato seguirá volviendo a esa casa  
Aunque ni tú ni yo estemos

Su instinto le pide volver a donde lo amaban

Volver

Como yo

Qué misteriosa e incongruente la vida, Salma



Prometí que no lloraría más

Los hombres no lloramos

Pero es que nos hundimos, Salma

Poco a poco

Todos los pravasikal nos vamos al fondo

Lo intento

Nado...

Muevo los brazos...

Pateo...

El agua...

Uno a uno los cuerpos van perteneciendo al mar.

Y yo suspendido

En la inmensidad

Siendo tan minúsculo

Tan frágil

Qué misteriosa e incogruente es la vida, mi amor



## WATHIQA

[Sudán]

No hay momento más peligroso que la noche para estar cerca del río.

No hay herida más peligrosa que una bala que pasa cerca de la región carotidea.

*Wathiqa, no te duermas.*

*Wathiqa, no te duermas.*



En mi familia aún se sentía la sequía como un recuerdo que estremece cada músculo del cuerpo.

Las quemaduras, la piel dura, así como el miedo, eran permanentes.

La gran sequía del 73 los había obligado a emprender en nómada búsqueda hacia el Sur.

Uno nunca termina de acostumbrarse al desierto.

La sed y el hambre hacen parte del día a día.

Caminar y caminar con poco tiempo para tomar aliento.

La desesperanza, esa no debería ser una forma de vivir.

Mi madre, embarazada.

Y yo beso su panza hinchada que se ha puesto rasposa bajo el Sol.

Y la tierra muerta.

La gran República de Sudán es un cúmulo de tierra que elige el suicidio lento.

El norte, la gran región del Nilo, nunca se había visto tan azotada.

*Wathiqa, no te duermas* —me decía mi madre.

Y me untaba un poco de jugo de múcua en mis labios para que su sabor dulce me mantuviera lengüeteando. Sólo un poco porque, aunque nos habían dicho que encontraríamos muchos baobabs en el trayecto, solo habíamos visto dos a nuestro paso.

Y bajar los múcuas había sido para mi padre una proeza imposible de lograr.

Tuvimos que conformarnos con los frutos del piso.

Escasos en líquido porque los animales se nos habían adelantado.

*Wathiqa, no te duermas...*

Pero mis ojos se negaban a seguir abiertos.

Tres meses de andanza había sido demasiado.

Cuando por fin llegamos a Darfur, nos asentamos en Kabkabía.

La Tajummu al Arabi se había intensificado.

«Musulmanes y no musulmanes» comenzaba a leerse por la ciudad.

En pintas, en panfletos, en propagandas religiosas y políticas.

Era la lucha de las etnias.

Mi padre nos instaba a no tener miedo.

Los zaghawa, a diferencia de otras tribus africanas, habíamos crecido bajo la ley del islam.

Así que, aunque la violencia escalaba con una clara ventaja para los musulmanes, nosotros estábamos aparentemente a salvo.

La primera experiencia con el horror de vivir en una tierra de nadie ocurrió dos años después.

Mi padre se había iniciado en el pastoreo de dromedarios, un abbala.

Trabajando con una manada, propiedad de unos saudís.  
Lo recuerdo llegando a casa.  
Mi madre tenía que sobar sus muslos y su entrepierna para ayudarle con la circulación.  
Una noche mi padre no retornó solo de su jornada.  
Un grupo de hombres entró a la casa y pidieron a mi madre que saliéramos de la casa.  
Mi padre no se opuso, así que nos retiramos.  
Pero mi curiosidad me llevó a acercarme, oculta entre la leña.  
—Los chadianos se las han dado, eso es seguro —decía uno.  
—47's.  
—Hemos recibido la orden en nombre de Alá.  
—Tenemos el apoyo de Mahdi, nos van a entrenar en Mastería.  
Mi padre aceptó.  
Fue la última vez que lo vi.  
No se despidió.  
Tal vez por el temor de explicarme que se uniría a la resistencia árabe.  
Que sería un yanyauid.  
Que en menos de dos años aquella resistencia se volvería nuestra peor pesadilla.  
Así el horror entró a mi casa y tomó a mi padre de la mano y lo armó con una AK47 y lo subió a un dromedario y lo llevó al desierto y lo trajo de vuelta siendo otro y lo hizo un mercenario de sangre fría.  
El horror.



La madre muda, guardando vergonzoso silencio.  
El padre ausente, mercenario, el que no debe mencionarse en casa, todos sabíamos en lo que él se había convertido.  
Pero lo omitíamos.  
Alrededor de nosotros el secreto, un escudo protector que nos mantenía a salvo de lo que ocurría afuera, y poco a poco se hacía más frágil.

La casa, la tierra.  
Las temporadas de escasez aún eran duras.  
La prosperidad no es una palabra en nuestras bocas.  
Y en esa patria nuestra apareció la OMS.  
Yo logré integrarme a un programa de derechos para la infancia.  
Mis hermanos y yo recibíamos un poco de alimento cuatro días a la semana.  
A cambio de estudiar y hacernos revisiones médicas una vez al mes.  
Fuimos afortunados.  
Parte de los privilegiados.  
Siempre me pregunto si sin ese apoyo hubiéramos sobrevivido.



Somos resistencia porque estamos hechos de hueso y arena al Sol.  
*Wathiqa, no sucumbas.*  
Somos tribu de supervivientes.  
Tú tienes un origen Wathiqa.  
Tú tienes bendiciones de la Tierra, no de un país.  
Tienes bendiciones que van mucho más allá de un dios.  
Mi madre siempre nos repetía.



También dudaba que ella fuera una buena musulmana.  
Todo fue tan confuso.  
Cada vez fue más común que las personas, incluso algunos zaghawa, se convirtieran al cristianismo.  
Así era más fácil hacerse con algún beneficio del gobierno chadiano.  
O de los grupos humanitarios.

En eso también fui afortunada.

Siempre encontré un camino para mi fe musulmana, no tenía que esconderse como otros con sus respectivas religiones.

Crecí.

Logré cursar los estudios de medicina respaldada por un viejo amigo de nuestra tribu Jalil Ibrahim.

Gracias a él me sostuve en el Mother of Mercy y logré empezar a trabajar antes de que los conflictos nuevamente se intensificaran.

*Wathiqa, no sucumbas.*

Él, mi madre, todos me lo decían.

Porque cada día empezó a estar marcado por la tragedia.

Por la aparición de mutilaciones, de cuerpos marcados por el enfrentamiento.

El hospital fue mi campo de batalla desde donde construí mi trinchera.

Procurando ayudar a musulmanes y cristianos por igual.

Pero esa labor implicaba más y más riesgo.

Hasta que finalmente ocurrió.

Vi las puertas del hospital cerrarse en la cara de un hombre.

Mientras apenas se sostenía cargando a su mujer en brazos.

Y las enfermeras repitiéndole.

“Este hospital sólo es para la gente de Alá”.



¡Estoy harta! ¡No puedo más doctor Ibrahim! ¿Sabe a cuantas personas rechazamos hoy?  
¡A todas! Todas esas personas eran sudaneses, de tribu, como usted y como yo. A ninguno dejaron pasar. Los están matando y no los atienden en los hospitales. ¡Ahora todos los hospitales son de Alá! ¿En qué momento pasó esto? Y no me diga que todo es político, estoy harta de escuchar respuestas que no ofrecen un poco de misericordia para las personas que están perdiéndolo todo. Encuentran la muerte tarde o temprano. Es una masacre, doctor

Ibrahim, y duele, me duele tanto el cuerpo. Me duelen las entrañas, las lágrimas salen solas, sin esfuerzo, ya no puedo más. Me siento tan inútil. Yo aquí adentro, con mis manos secando mis mejillas y afuera la gente necesitando de nosotros. Quiero rendirme. Sí, eso quiero. Si pudiera elegir nacería en otro lugar.



Ibrahim sabía que no podía hacer nada para calmar mi rabia.  
Así que sólo se sentó a mi lado.  
Me escuchó llorar.  
Afuera la gente tampoco dejaba de gritar.  
El miedo y la rabia.  
Pasó el tiempo y Jalil Ibrahim se retiró.  
Estaba segura de que él estaba tan frustrado como yo.  
Y cuando llegó mi hora de salida.  
Descubrí que Ibrahim había dejado un cuaderno a mi lado.



«Este libro es una exposición de la injusticia que sufrimos desde la independencia (1956).»

«En su flagrante favoritismo por la Región Norte, en Sudán se han violado sistemáticamente los derechos del resto de sus ciudadanos.»

«La división de la riqueza en cualquier sociedad es un barómetro importante de la legitimidad de su sistema político.»

«Actualmente, el agua está reservada para la capital Jartum. El resto del país se muere de sed y de enfermedades.»

«Desde su acceso al poder, este gobierno ha sido partidario del Islam para construir un estado basado en Conocimiento / Ciencia y Sumisión al Islam.»

«La justicia y la igualdad son nuestra demanda.»



El sonido nos reventaba los tímpanos.

Hacía ya unos meses que habíamos decidido dejar nuestra casa.

No pueden imaginar lo difícil que es abandonar un hogar cuando toda tu vida has viajado buscando uno.

Pero ahora los zaghawa ya no estábamos a salvo, ya no éramos queridos, aunque fuéramos también musulmanes.

El libro de Jalil Ibrahim se había distribuido clandestinamente por muchos rincones.

Avivó el fuego de la gente.

Lo tomaron como inspiración para la batalla.

Por eso comenzaron los bombardeos y nos resignamos a huir a Kordofán y nos asentamos cerca de los Montes Nuba.

Yo había dejado el hospital.

Estábamos exiliados en nuestra propia tierra.

Y cuando gritaban.

¡Viene avioneta! ¡Viene una avioneta!

Todos nos escondíamos entre las rocas.



Sé que él me reconoció.

Lo sé.

Yo lo vi y de inmediato supe que detrás del arma, detrás del semblante de asesino, estaba él, mi padre.



Todo pasó demasiado rápido.

Los aviones hicieron sonar las alarmas improvisadas. Nos despertamos. Sabíamos que sólo contábamos con unos minutos, tal vez menos.

Déjalo todo, madre, debemos irnos— le dije. Pero él nos sorprendió. No sé si creer en las coincidencias. Mi padre, el mercenario, había entrado a la cueva donde nos escondíamos. Mi madre se sorprendió al verlo. Quiso acercarse, pero la detuve. Ya no es él —le dije. Puse a mi madre detrás de mí. Y su mirada nos decía que no tendría misericordia, creo que ni siquiera nos reconocía. Nos arrinconó, sacó la cimitarra. Iba a usarla en nuestros cuellos. Un estruendo nos sacudió. Una bomba cerca. Gran parte de la cueva se vino abajo. Y una roca le cayó en las piernas.

Lo siguiente es confuso. Yo no reaccionaba. Él estaba ahí, tirado, con una gran roca de encima. Muerto.

¿Cómo pudiste? —me gritaba mi madre. Y con sus débiles fuerzas me golpeaba el pecho. Las rocas también son capaces de hablar. La roca en mi mano gritaba, juro que gritaba. Se alegraba con cada choque contra su cabeza. Tuve que hacerlo, aprovechar esa oportunidad o nos perseguiría hasta encontrarnos.

Todo pasó demasiado rápido.



Fuimos al desierto, nuestro objetivo era seguir hacia el Norte, por el Nilo.

Mi madre no me miró, caminé acompañada de un fantasma.

Ahora yo no era más una hija para ella, sino una asesina.

En el trayecto encontramos a un grupo que también buscaba alivio en otras tierras.

Ahí conocí a Boyka Covacevich, la fotógrafa.

—Todas estas personas, la mayoría morirán en sólo unos días, incluida tú. Deben regresar.

—¿Tú regresarías?

—Yo no tengo malaria. En cambio, tú eres blanca, extranjera. Toma un avión lejos de aquí.

—No los dejaré a su suerte.

—¿Tanto te importan tus fotos? No seas tonta.

—Tú eres médica. Salvas vidas. Para mí la fotografía también es una forma de salvación.

—Lucras con el dolor de otros. Me das pena.

—¿Y tú te sientes libre de culpa? Eres médica, pero te niegas a ayudar. Sólo si nos acompañas podremos llegar.

—Mi madre y yo vamos en otra dirección.

—Eres una cobarde.

Sus palabras resonaron en mí. Decidí ser libre, acompañar a la gente y ayudarla a sobrevivir hasta llegar a la frontera. Remé en el sentido inverso del Caronte. Estaba convencida. En mi balsa, en mi río, sólo había un destino: la vida. Algunos perecieron y al cabo de unos días llegué con la mayoría a la frontera, incluida Boyka. Todo fue en vano. Nos esperaban, había órdenes de dispararnos. Y así hicieron. Una bala llevaba mi nombre.



—Perdóname, madre.

—No sucumbas, Wathiq, no te duermas.

—Tienes que huir, madre. Tienes que dejarme aquí.

—No sucumbas, Wathiq.



Sangre que emana sin tregua.

A veces eso es la tierra.

Una herida abierta.

Y surge el deseo original

De sucumbir.

De dormir.

Cuando se pierde todo.

Familia, patria, dios...

Y uno es libre.

Y la tierra deja de doler, para llevarnos nuevamente a su vientre.



FLOR MARÍA

[Los Ángeles | El Salvador]

Se escuchan las sirenas y el Enano agarra la mochila y corre.

José Daniel me toma de un brazo y me jala, pero con la fuerza me caigo de rodillas.

Él voltea y me mira.

Sus ojos me lo dicen todo.

¡José Daniel!

Pero ya no está y las sirenas suenan más cerca.

Me levanto y corro.

Lo hago lo más rápido que puedo.

¡José Daniel!

Pero no hay pista del cabrón.

Muy claro me lo había dicho: “Si no le pisas fuerte, cagas Flor María”



Voy corriendo sobre la avenida Vermont.

Y me tiro al piso para meterme debajo de una troca.

El piso está mojado y me hago mierda la panza con el pavimento.

Escucho a la policía a la vuelta.

No sé por qué, pero me oculto el rostro con el cabello.

Aguanto un poco la respiración, pero el pecho me quema, el aire me quema.

Les veo las llantas.

Una, dos... pasan a toda velocidad.

Y una tercera pasa más lento.

Siento el miedo atorado en la garganta.

Y ahí me doy cuenta.

Tan rápido pasó todo que tengo las grapas aferradas en mi mano.

Corrí con 5 grapas de coca.

Las aventé a un charco y las vi irse lentamente por la coladera.

Todas excepto una que quedó atorada entre hojas secas y la bolsa de unos doritos.

La tercera patrulla aún está cerca.

Me están acechando.

Deseo apretando los dientes que se vayan.

No se escucha nada.

Una de las avenidas con más gente y no se escucha ni un alma.

Todos saben perfectamente que ocultarse es la mejor forma de no cruzarse con una bala.

Los policías avanzan y se pierden.

Pero yo salgo de mi escondite.

En mi cabeza pienso que no importa si amanece, no voy a salir.

Entonces escucho el primer disparo.

Se me hiel el cuerpo.

Lo escucho lejos, pero en mi mente calculo rápidamente el tiempo y sé que puede ser mi hermano.

No me animo a decir su nombre para no llamar a la mala suerte.

Así, bien chiquito para no moverme tanto, me persigno.

Hace mucho que no le pedía nada a San Judas.

El santo de la familia y casi todos lo llevamos tatuado en la espalda.

El que nos cuida, según mi madre.

Lo adoraba porque su patrona, una chicana de Barrio Mojadas, lo adoraba también.

Decía que si a ella le había hecho el favor de crecer su tortillería entonces a nosotros también nos podía hacer favores.

Pero lo único que mamá le pedía, la *green card*, no había llegado aún.

Así que yo con el tiempo empecé a tener mis dudas de sus milagros.

Y a los 16 me harté de tener a un viejito con barca en mi espalda y decidí cubrirlo con la imagen de una.

Pero en ese momento, ahí debajo de la camioneta, no tenía dios en quién pensar.

A quién suplicar.

José Daniel...

Dije en voz baja.

Y dos disparos se escucharon después.

Cuatro.

Y no pude contarlos más.



Debieron haber pasado un par de horas.

Yo sólo miraba la droga atorada en la coladera.

No había vuelta atrás, estaba jodida.

Aquí en el South Central lo peor no es que te lleven preso.

No, lo peor es deberle a uno de los jefes.

Ahora que había perdido la mercancía, la idea de la cárcel no sonaba tan mal.

¡La pelada se metió abajo de la troca!  
De pronto ya estaba rodeada.  
Ahí caí en cuenta.  
La Vermont es territorio Crip, de la pandilla rival.  
¡Sáquenla!  
¡Pártanle su madre a la blood esa!  
Comenzaron a picarme con palos para que saliera.  
Las puntas me pegaban en las tetas, la cabeza, las costillas.  
Alguien me agarró de un tobillo y me jaló afuera de mi escondite.  
Cuatro cribs vatas se me fueron a patadas.  
Y yo repartí también unas cuantas.  
Pero cada que lograba levantarme los vatos que las acompañaban me tumbaban de un  
codazo brincando sobre mi espalda.  
Sentí que me moría.  
Pero me iba a morir bien.  
Por José Daniel y por mi madre.  
Sin rajar.  
Tirando barrio y tirando dientes.



Yo había elegido estar ahí.  
Una semana atrás había decidido dejar el *market* para rogarle a mi hermano que me iniciara  
en su pandilla, en la Blood.  
Estaba harta de lamer culos por 3 dólares x hora  
Y de que me dijeran: lady hay que limpiar el derrame del pasillo de lácteos.  
O que me insultaran confundíendome con mexicana.  
¡Beaner, mexicat!  
Me daba rabia, soñaba con el éxtasis de prenderle fuego a todo.  
Pero tuve que conformarme con pintarles las vitrinas con un «Aquí la Blood manda,  
putos».

Así logré que José Daniel aceptara ayudarme a entrar.

Pero me advirtió que iban a ponerse perros para iniciarme.

Me cojo al que sea.

No, sister, no va de eso, seguro te van a pedir que le lleves cristal al Chivo.

Ya'stas. ¿Y dónde veo al Chivo?

No a ese nadie lo ve, capaz lo llegas a encontrar alguna vez en la Florence, pero siempre tienes que pasarte derecho, sin dirigirle la mirada.

¿Y cómo le entrego la droga?

Primero, nunca digas droga. Tiza, Speed, Glass, pero nunca droga. Y para entregar al Chivo tienes que hacerlo a través del Enano.



¡Yo no soy de la blood, yo no soy de la blood!

Sí.

Cometí traición.

Negué a mi barrio.

Nunca debí haberlo hecho.

Pero es que los golpes eran tantos.

La sangre era tanta.

Y la muerte se sentía tan lenta.

Esta hocicona dice que no es de la blood —dijo una.

Lo que seguía era que aplicaran la ley de la calle.

Muerte a los traicioneros.

No importaba si era de una pandilla contraria.

Cualquier traidor no tiene cabida en el South Central.

Había escuchado que a algunos los tiraban de los puentes.

O los sepultaban vivos en el basurero municipal.

Y mi única reacción fue tirarme al piso, alargar la mano y meterla en la coladera.

Y cuando me levantaron, estiré la mano y abrí el puño.  
Una grapa de coca y un pedazo de bolsa de doritos.  
Se rieron.  
Pero no me mataron.  
Con un cinturón me amarraron a la defensa de un auto.  
Y con una navaja marcaron su nombre en mi panza.  
«Crib».  
Ahí me cayó la policía.  
Entregarme no fue para ellos una forma de perdonarme.  
Sabían que me mandarían de vuelta a El Salvador.  
Porque eso es lo que el Clinton había ordenado hacer con todos nosotros.



Los hijos de su reputa patria me deportaron a un país que yo ya no reconocía.  
Desde los 3 años llegué a los States.  
¡Qué chingados iba a hacer en el Salvador!  
Por supuesto, sin conocer a nadie, quedé en la calle.



Ay no mames, te metieron un buen rayón en la panza mi reina. No, no te pongas furias, eres de esos weyes que están trayendo de los Unites, ¿no? A webo que sí. ¿Y qué? ¿No tienes casa o por qué andas aquí tumbada en la central? Mira, no te agüites, no hay pedo. Mucha banda queda igual que tú, no tiene a donde arrimarse. Pero yo te voy a hacer paro. A unas calles está el Manu, es mi compa, si quieres ven conmigo y nosotros te damos cantón mientras encuentras qué chingados hacer. ¿Qué dices? ¿Sí? Ya rugiste leona. Y de paso el Manu te puede ayudar a cubrir esa cicatriz. Hace unos tatuajes bien mamalones. Soy el Lupe. José Guadalupe, pero para los camaradas solo Lupe. Así, como la virgen.



Así llegaron Lupe y Manu a mi vida. También llegó así la Virgen de Guadalupe a mi vientre. La verdad es que no le quedó muy bien. Manu solo había tatuado dos veces en su vida. Le quedó del culo. No voy a mentir. Pero la virgen es la virgen. Ni pedo. Ella es bella, aunque tenga papada, parezca que tiene barba y un ojo más grande que el otro.



Pero mi vida cambió.

Yo quería pintarle huevos a la mala fortuna.

Y lo hice.

Viviendo en las calles me enteré de que se había creado una clica de la M13 aquí en El Salvador.

En los States se escuchaba de los Maras, la pandilla más picuda.

Las marabuntas que se chingaban todo a su paso.

La iniciación para las mujeres en la M13 se hace por sexo o por paliza de 13 segundos.

Así, a puño y patada meca, limpia.

Y como yo ya estaba acostumbrada a que me partieran la madre, logré unirme a la pandilla.

Ahí me separé de Lupe y el Manu, ellos rajaron, no era para ellos.

Pero para mí, era como regresar a casa.

Arranqué con robos menores y cuidando las armas y la droga que se juntaba.

Me tatué a la M13 al lado de Cristo.

Eran mi camino y el perdón.



*Desde las calles del Salvador*

*La Guapa*

*Bajo esta piel, créanlo, hay remordimientos  
Que si mato, que si robo, que si a Cristo yo le miento  
La crueldad la llevo tatuada en el cuerpo  
Y la culpa es una herida abierta y honda en los huesos*

*Marabuntas, hermanas, de la 13 me presento  
Soy la Guapa, mamalona, la chingona de este gueto  
Son las balas mi fama, y la clicca mi granada  
Ten cuidado si no quieres que te raje yo la cara*

*Nunca me enamorado  
Te culeo  
Te madreo  
Por la raja te paseo*

*Nunca me enamorado  
Te extorsiono  
Te saqueo  
Por la raja te paseo*

Yo nunca me he enamorada. No sé qué es eso. Pero me acuerdo bien clarito de una güerilla. Me la trajeron porque la pinche morra andaba sacando fotografías en mi frontera. A mí no me gustan así tan desabridas, de piernas pálidas. Pero una cosa llevó a otra. Nos dimos amor y otras perversidades. No, bueno sí, ella me pagó con el cuerpo, digamos. Ella cruzó la frontera y yo me la crucé a ella. Me acuerdo clarito porque hasta me hizo una súper sesión de fotos mamalona. Toda encuerada. Quedaron bien chidas las fotos.

*La frontera es mi hogar, soy Cerbero de la entrada  
No se escapa un migrante de mi humana barricada  
Las Chinamas, Guatemala, mi bussiness—territorio*

*Soy de muertes responsable, son mi repertorio*

*Pongo precio a tu futuro, el dolor a mi me embriaga*

*Cobro caro pues tus sueños alimentan mi manada*

*Beaners, gringos, quieren verme extraditada*

*La ironía, me mandaron hace años deportada*

¡No, Florcita, no me hagas nada, diles que soy tu cuate! —me decía el Lupe  
Así volví a ver al Lupe. Intentaba cruzar a Guatemala.

¡Que no soy Florcita, pedazo de caca! ¡Soy La Guapa!  
¡Y traz!

Me chingué al Lupe de un pitorrazo en la cabeza.

No era la primera vez que mataba.

Pero era la primera vez que me dolía.

No he estado enamorada, pero sí me han roto el corazón.

*Nunca me enamorado*

*Te culeo*

*Te madreo*

*Por la raja te paseo*

*Nunca me enamorado*

*Te extorsiono*

*Te saqueo*

*Por la raja te paseo*

*Creyeron que adentro a mi furia la calmaban*

*Cueva adentro parí bestias que a mi gusto devoraban*

*Vendo coca, marihuana, pasta, tiza y hasta meta*

*Lanzo rimas y amenazas cual si fuera escopeta*

Y ahora atentos porque en minutos seré libre, a huevo que sí.

Me fugaré, primero adentro del cesto de desperdicios y cuando esté en el patio, directo al túnel.

Esta vez lo lograré, es el cuarto intento.

No me preocupan los policías, hice trato con esos ladrones de uniforme.

Con dinero baila el simio.

Aquí va la guapa.

*La más perra de las maras dirán en los diarios*

*Peligrosa, jefa y líder de malandros mercenarios*

*Salvador, esta tierra, mi nación heredada*

*Pero ajena yo me siento, grito alto ¡despatriada!*



El cuerpo rayado, como mapa de una mala vida

Las heridas, las cicatrices, los tatuajes

Me hice un último tatuaje antes de mi fuga

La santa muerte

La vida a veces es un camino lleno de dioses que traicionan

La muerte es la única que siempre cumple su palabra

Los cuerpos son políticos, las imágenes son políticas.  
La memoria tiende a ser el patrimonio del grupo que la logra imponer.  
Por eso, la migrancia es una identidad política desplazada.  
Un niño que aparece en la orilla del mar, muerto, inunda los diarios internacionales.  
Conmovernos con ello no produce un pensamiento singular del conflicto.  
Conmoverse conlleva a la fetichización de la imagen.  
Ante el dolor del otro, sentir lástima se ha vuelto suficiente.  
Porque el capitalismo tiene la capacidad de producir la imagen del individuo para después  
abolirlo, forcluirlo.  
La sensible frontera de ser fetiche.  
Hay que volver los cuerpos materia presente.  
Desnaturalizar las cartografías de la conquista para alzar nuevos territorios imaginarios.  
Derrocar el cánón de las razas.  
Cuestionar el conmemorialismo que erige monumentos, pero que no salva vidas.  
El arte como política de la memoria que cuestiona sus propias formas de subjetivación que  
naturalizan discursos.  
Porque el arte también es hegemónico.  
El poder necesita del arte, pero que el arte no sea necesariamente subsidiaria del poder.  
Construir la biografía del otro es diverso y conflictivo.  
Migrantes presentes.  
Carontas presentes.  
Y este, es un gesto de resistencia, y de amor.

—Boyka Covacevich—